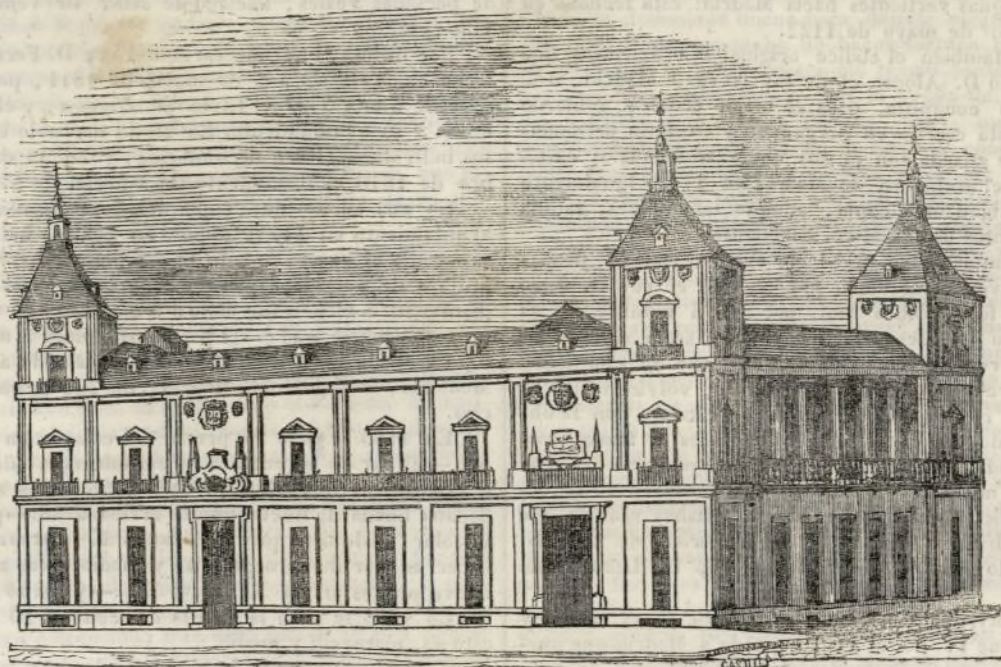


MADRID ARTISTICO.



LAS CASAS CONSISTORIALES

Y EL ARCHIVO DE MADRID.

El humilde origen de la villa de Madrid, y su escasa importancia hasta los siglos XV y XVI, es la causa de que no se encuentren en ella monumentos públicos de consideracion anteriores á dicha época; careciendo bajo este punto de vista del atractivo que para el anticuario y el poeta tienen otras muchas de nuestras ciudades hoy de segundo orden, como Toledo, Valladolid, Burgos, Segovia, etc.

Hasta que quedó establecida la corte en esta villa, el ayuntamiento de Madrid, respetuoso observador de su sencilla costumbre, celebraba sus reuniones en la pequeña sala capitular, situada encima del pórtico de la parroquia de San Salvador, (que acaba de ser demolida el año próximo pasado) segun consta de muchos documentos, y entre otros, de unos acuerdos que hizo la villa para trocar ciertos terrenos, cuyo documento empieza así: *En la villa de Madrid seis dias del mes de octubre, año del nacimiento de Nuestro Sr. Jesucristo de mil quinientos y tres años, estando ayuntado el concejo de la dicha villa, en la sala que es encima del portal de la iglesia de San Salvador de la dicha villa, segun que lo han de uso y costumbre, etc.*

De otros documentos que hemos visto en el archivo de esta villa, consta que el lunes 19 de agosto de 1619 celebró Madrid el primer ayuntamiento en las casas que eran de D. Juan de Acuña, presidente de Castilla, en la plazuela de S. Salvador (hoy de la Villa), y aunque nada sabemos de la obra que en ellas se hizo con este motivo, si fue completa ó parcial, ni el arquitecto que la dirigió, debemos suponer que fue en lo principal que hoy se vé, consistiendo su edificio en un cuadrilongo de bastante estension, con dos pisos, bajo y prin-

AÑO VII.

cipal, torres en los extremos, y dos puertas iguales por la parte de la plazuela, á las que fueron despues añadidas algunas hojarascas de mal gusto. Mejor le hubo en la construccion del balcon principal ó galería de columnas que dá á la calle de la Almudena, y fue obra del célebre arquitecto Villanueva á fines del siglo pasado. La distribucion interior de este edificio tampoco tiene nada de notable, consistiendo en grandes salones para las reuniones de la corporacion municipal y otras públicas, oficinas de gobierno, de contabilidad, archivo, etc. Y últimamente ha ganado en amplitud por haberse trasladado la carceleria llamada de villa, que en ella estaba, al edificio del Saladero.

Ya que tan poco ó nada podemos decir de este edificio, no dejaremos pasar la ocasion sin lamentarnos de que al construirle no se hubiera procurado disponerle de modo que pudiera estar en él, no solo el Archivo del ayuntamiento, sino el *geual de escrituras públicas* celebradas en esta villa, el de la *Regalía de aposento*, la *Contaduría de hipotecas*, y demas que tienen relacion con el orden y conservacion de su propiedad, los cuales se hallan diseminados en otras oficinas, y aun casas particulares, espuestos á notables riesgos y deterioros.

El Archivo del ayuntamiento, único de ellos que existe en este edificio, es precioso por los muchos documentos históricos que contiene, códigos y privilegios originales, cartas reales, órdenes, acuerdos, etc. Procuraremos indicar á nuestros lectores los mas notables que tuvimos ocasion de ver.

El mas antiguo de los privilegios de la villa, es concedido por el señor emperador D. Alonso VIII; está

14 de agosto de 1842.

escrito en latín, y en él hace merced á esta villa, por juro de heredad, de todos los montes, sierras y términos que hay desde el puerto del Berrueco, hasta el de Lozoya, aguas vertientes hácia Madrid: está fechado en Toledo á 1.º de mayo de 1122.

Existe también el código original ú ordenanzas que en 1202 dió D. Alonso el de las Navas á Madrid, después de la conquista, para el mejor orden y gobierno de ella. Está escrito en pergamino y en latín arromanzado, y se guarda con él una copia traducida al castellano por el archivero de Madrid en 1748. Igualmente existe también otra copia, aunque incompleta, sacada de los apantes del P. Miro. Sarmiento.

Hay también otro privilegio original rodado, despachado á favor de Madrid, por el cual el rey D. Juan el I dá su fé y palabra real, por sí y á nombre de su primogénito heredero, de que Madrid sería siempre de la corona real, y reboca la merced que de ella había hecho al rey D. Leon, de Armenia, volviéndola á su patrimonio real, como antiguamente estaba, con la observación de sus privilegios, libertades y franquezas. Está fechado en Segovia en 1383. Igualmente existe cédula del mismo rey, fechada en Segovia á 10 de octubre de dicho año, ratificando su palabra real de que nunca Madrid se enagenaría de la corona de Castilla, y que solo por su vida la dió al rey D. Leon V de Armenia.

Otro privilegio original, escrito en papel, del rey Don Enrique IV por el cual concede á Madrid que pueda tener un mercado franco en el día martes de cada semana, fecha en el Pardo á 21 de octubre de 1463.

Otra cédula de dicho rey D. Enrique de 30 de noviembre de 1465 concediendo á la villa de Madrid título de nobleza y lealtad, por la adhesión que en todos tiempos manifestó á sus soberanos.

Otros muchos privilegios y cédulas hay de los reyes posteriores, confirmando á Madrid sus fueros, y añadiéndole nuevos mercados de pastos, exención de ciertos péchos, etc. Entre ellos los mas notables son los siguientes.

Un privilegio del emperador Carlos V, original, en vitela, en el cual hace merced á Madrid de un mercado franco, el miércoles de cada semana, en el que han de ser libres de alcabala todas las personas que vinieren á él de fuera de las 5 leguas. Está fechado en Valladolid á 2 de junio de 1542.

Una copia certificada de un ejemplar impreso del privilegio que el Sr. rey D. Felipe III despachó á favor de Madrid sobre el ofrecimiento de 250,000 ducados con qué esta le sirvió, en lugar de la sexta parte de las casas de ella, por razón de la mudanza de la corte de Valladolid á esta de Madrid. Fecha en Lerma á 28 de abril de 1610. Este es el origen de la *Regalía de Apoyo*.

Una cédula de S. M. fecha en Lerma á 10 de noviembre de 1612 por la que liberta á esta villa del servicio de quinta, y que solo se ejecute en los lugares de su jurisdicción.

Un privilegio original del rey D. Carlos IV, fecha 25 de enero de 1791, por el que concede á la villa que pueda entrar al besamanos el segundo día de pascua de navidad, después de los consejos.

Entre las muchísimas *Cartas reales* que se conservan en este archivo, la mas antigua es la del Sr. rey D. Alonso, por la que hace saber á la villa el nacimiento del infante D. Fernando, y manda que vayan caballeros en su nombre, le reciban y juren por sucesor en estos reinos. Su fecha en 1330 en Valladolid.

De todos ó casi todos los monarcas posteriores existen cartas originales participando á Madrid los sucesos notables, los nacimientos, desposorios, y fallecimientos de personas reales, haciéndole saber su venida á esta villa, etc.

Por último, hay una carta del rey D. Fernando VII fecha en Valencia á 4 de mayo de 1814, por la que concede á esta Villa el título de *Heróica*, y el de escelencia á su ayuntamiento. En 26 de mayo le concedió á sus individuos el uso de uniforme, y en 30 de setiembre de 1816 el tratamiento de señoría.

En una curiosísima copia del *Libro de acuerdos* del ayuntamiento en 1475, al folio 75 vuelto, hallamos que se vendía el cuarto de cabrito á 6 maravedís.—En 1478 la libra de pescado 8 maravedís.—La de velas de sebo 9 maravedís.—el pescado sollo á 6 maravedís.—el pulpo á 5; y el congrio á 17;—el par de palominos 5 maravedís.

El 9 de abril de 1478 se puso sueldo á Rodrigo Menendo, corregidor de Madrid, de 200 maravedís diarios.

En 1485 se puso el precio del calzado en esta forma.—El par de borceguies de cordobán de todos colores á 110 maravedís.—Los de badana 55;—los zapatos de badana buena de nueve puntos arriba á 28;—por hacer y solar cualquiera par de zapatos 17 maravedís;—por hacer un par de borceguies 15 y medio;—los zapatos de nueve puntos arriba 33 maravedís;—y así de otros.

En 1485 se puso la panilla de aceite á 10 cornados, esto es, maravedí y medio.

No acabaríamos, si hubiéramos de citar la multitud de noticias curiosas relativas al gobierno económico y administrativo de este pueblo, á los sucesos públicos, y otras muchas que pueden hallarse en su archivo, el cual debieran consultar los escritores con frecuencia para ilustrar convenientemente muchos puntos históricos.

M.

EL ABORRECIMIENTO,

6

LA ISLA DESIERTA.

El odio mas obstinado, ó por mejor decir, una invencible antipatía reinaba entre Anselmo y Carlos; y nacida esta aversión en su tierna edad, parecia que los años no habian hecho mas que aumentarla. Carlos pintaba á Anselmo como un hombre falaz, y Anselmo por su parte se desquitaba, haciendo pasar á Carlos por un perverso, lleno de disimulo y peligroso en extremo. Sus mútuas acriminaciones eran sin embargo injustas: ni el uno ni el otro era vicioso ni malvado; ¿de dónde, pues, provenia su recíproco error?

Bagatelas y minnerías habian sido la primera causa. El genio de Carlos, algo tosco é indolente, le hacia mirar con desdeno la cultura del lenguaje, adoptando por lo regular uno tan singular, como todo su porte; y esto daba lugar á Anselmo á compararle con un telégrafo que habla á palos. Este, cuyo espíritu burlon y siempre dispuesto á la sátira, no perdonaba medio de divertirse á costa de los demas, halló en Carlos un objeto muy á propósito para dar materia á sus mordacidades.

No ignoraba Carlos esta ventaja de su competidor,

y picado vivamente, juraba en su interior vengarse de él en la primera ocasion. Naturalmente inclinado al estudio, tuvo proporcion de adquirir muchos conocimientos útiles, cuya falta sabia disimular Anselmo con su amable locuacidad ó con su audacia nunca desmentida. Sucedió un día que una señora habiendo encontrado en una novela un verso de Ovidio, suplicó á Anselmo se lo tradujese. Este, sin comprenderle, dijo á la dama lo primero que se le ocurrió; pero presentándose á este tiempo por su desgracia Carlos, confundió su arrogancia con una verdadera interpretacion. — Esta humillacion, que hirió tanto á Anselmo, no se borró en adelante de su memoria.

Poco tiempo despues Anselmo sentó plaza, sin saber que Carlos lo habia ya intentado, y esto le afirmó mas en la idea que tenia de la bajeza del proceder de Carlos. En otra ocasion se olvidó este durante una semana de remitir á Anselmo carta, que le enviaban para que se la entregase, cuya una accion tan indiferente casi tuvo para Anselmo todo el carácter de maldad reflexionada. No acabaria nunca, si tratara de referir las mil y una bagatelas que sin cesar se reprochaban mutuamente, porque habituados ya á interpretar todo segun su aversion, no eran capaces de distinguir en su enemigo, en medio de su preocupacion, las buenas cualidades que pudieran hacerlos variar de dictamen. La desconfianza hizo con el tiempo nacer la antipatia, y esta, creciendo de dia en dia, produjo entre ellos un aborrecimiento tan estremado, que cada uno se llegó á figurar un monstruo en su rival. Nunca Carlos hubiera confesado el carácter sociable y bueno que adornaba á Anselmo; al paso que este se hacia un deber en no reconocer la prudencia y lealtad de Carlos. ¿Cómo evitar el disgusto continuado de verse? Su ciudad natal era pequeña, y á no privarse enteramente de toda sociedad, era imposible dejar de encontrarse. Nadie se asombrará por lo tanto de que con estas disposiciones viniesen un dia á desafiarse por una pequeñez; con efecto, ya esto se habia verificado, y ya iban á ejecutar su juramento de quedar uno ú otro en el sitio, cuando la policia, advertida por gentes mas prudentes que ellos, vino á separarlos, haciéndolos antes prometer que no reincidirian; pero su aborrecimiento comprimido en el momento mismo de su explosion, no fue por esto en adelante menos profundo y obstinado.

Cansado Carlos de respirar el mismo aire que su enemigo, tomó en fin el partido de dejar la ciudad. Hallábase cerca de ella un puerto de mar, y Carlos tenia en él un pariente armador que hacia expediciones á las Indias. Recibióle pues con amistad, y hecho cargo de su instruccion en las matemáticas, concibió la idea de hacer de él un buen marino, á cuyo fin le llevó consigo en todas sus expediciones, haciéndole ganar en ellas considerables sumas.

Volviendo en una ocasion de la India con un rico cargamento, el armador cayó enfermo cerca de aquella parte de Sumatra cuyas costas bajas y cenagosas infestan el aire de miasmas pestilenciales. La enfermedad hacia progresos rápidos, y el armador viendo, en fin, acercarse su última hora, legó la embarcacion á su primo Carlos, recomendándole al mismo tiempo al cuidado de un viejo y experimentado piloto, cuya fidelidad le parecia á toda prueba, y en este estado murió en el estrecho de la Sonda. El dolor de Carlos por este acontecimiento fue estremado, y dando rienda suelta á su natural inclinacion á la melancolia permaneció encerrado todo el dia abandonando al piloto la direccion del navío.

Era este buen marino uno de aquellos hombres que

parecen virtuosos á causa de que su precaria é interesada virtud no ha tenido ocasion de ser puesta á prueba, hasta que se presenta el aliciente del crimen, en cuyo caso carecen de la firmeza necesaria para resistirle. Parecióle demasiado buena para dejarla escapar la ocasion que se le presentaba de hacer fortuna hacia el fin de sus dias; y para conseguirlo tramó contra el jóven heredero una conspiracion con la ayuda de la tripulacion á quien supo ganar. Dormia, pues, una noche el descuidado Carlos tendido en su hamaca, cuando de repente tres hombres se precipitan sobre él, le atan, y le conducen á la sentina, y le dejan allí toda la noche esperando la muerte á cada momento, hasta el dia siguiente en que le llevaron arroz cocido y un vaso de aguardiente. En vano preguntaba con las mayores instancias los motivos del trato que experimentaba, pues no recibia respuesta, y en esta cruel incertidumbre pasó un dia entero. Por último, su sentencia fue pronunciada; Algunos marineros para evitar este testigo incómodo, propusieron sin mas rodeos arrojarle al mar; pero el viejo piloto, en quien no estaban ahogados todos los sentimientos de humanidad, se opuso á este proyecto por la repugnancia que le costaba cometer un asesinato. El desgraciado Carlos fue conducido al puente hacia la media noche: desde luego el resplandor de la luna le hizo divisar una banda negra que al instante conoció ser las islas Maldivas. En seguida se echó al mar un esquisfe, se le obligó á meterse en él, y arrojándole algunos víveres fue abandonado á su suerte.

La marea no tardó en llevarle hacia un islote rodeado de rocas, donde su pequeña barca se estrelló, y ya parecian cumplidos los deseos de la tripulacion que no podia dudar, eran de que pereciera; pero Carlos mas dichoso pudo colgarse de una roca, en donde aguardó la luz del dia. Entonces nadando unas veces y otras trepando, pudo llegar de escollo en escollo hasta la isla mas cercana. El desfallecimiento ocasionado por la fatiga le hizo perder el conocimiento, y en cuyo estado permaneció hasta que los rayos de un sol ardiente le obligaron á salir de su letargo. Levantóse, pues, con pena, y al divisar á una inmensa distancia las velas de la embarcacion no pudo impedir que sus ojos se inundaran de amargas lágrimas. Bien pronto el hambre y la sed empezaron á atormentarle, pues los cortos víveres que se le habian arrojado, sufrieron la misma suerte que el esquisfe; y aunque él habia descubierto ya hacia lo interior de la isla algunas ramas de árboles que sobresalian al traves de las rocas, no era fácil penetrar hasta allí en el triste estado en que se encontraba, y por otra parte se oponian á su paso una cordillera inaccesible de rocas que rodeaban la isla. Dispuesto, pues, á todo, trató de reanimar su fuerza á fin de llegar á ellas; pero aun era mas penosa la bajada al valle. Viendo entonces ostentadas á sus ojos todas las riquezas que la naturaleza ofrece prodiga á las Maldivas, tomó un poco de aliento á la sombra de un cocotero, saboreándose al mismo tiempo con su fruto: hasta que en este estado se rindió á un profundo sueño, que le duró hasta que el fresco de la noche empezó á humedecer su lecho de yerba.

Reanimado de este modo, tomó la resolucion de aprovechar los momentos para reconocer á la claridad de la luna el lugar que habitaba, pues absolutamente ignoraba si era alguna isla ó parte del Continente. No bien hubo andado cerca de una hora por en medio de senderos difíciles, cuando se halló detenido nuevamente por un muro de rocas. Ninguna huella humana debia presentado á su vista, y solamente habia

silbido de alguna serpiente, ó visto á algun ganso dejar su nido graznando. De este modo andubo hasta la media noche, esforzándose cuanto pudo á fin de encontrar las rocas contra las que oía estrellarse las olas del mar. Levantóse, pues, al día siguiente, y habiendo ganado una de las alturas, quedó convencido de que se encontraba en una isla muy pequeña é inhabitada, dependiente de una larga cadena que se perdía de vista; entonces fue cuando conoció cual era el archipiélago inmenso que su suerte parecía haberle destinado por tumba.

No desesperó sin embargo, pues sabía que los diferentes grupos que formaban estas islas, se hallaban bajo el imperio de un sultan que lleva el nombre de soberano de las doce mil islas. Tarde ó temprano (se decía á sí mismo) no dejará alguna canoa de venir aquí á desembarcar; y aunque entonces me quepa la suerte de ser arrastrado á la esclavitud, será para mí mas dulce que morir de desfallecimiento en esta soledad. Poco á poco se fue resignando con la esperanza de un pronto socorro, y trató de aprovechar los medios de prolongar su vida que le proporcionaba la isla. No escaseaban en ella los alimentos; los cocoteros prodigaban sus nueces, y los gansos le ofrecían sus huebos. También podía cojer pájaros facilmente, ó juntar en la playa gran cantidad de cangrejos; pero ¿cómo había de prepararlos careciendo absolutamente de fuego?

Es cierto que no ignoraba que frotando fuertemente dos pedazos de box, se llegaba á lograr incendiarlos; pero su falta de paciencia ó de destreza le impedía constantemente conseguirlo en las muchas veces que lo ensayaba. Por último, fueron tantas y tan repetidas las pruebas que hizo, que logró en una de ellas ver coronado su trabajo teniendo la dulce satisfacción de ver prender una chispa; redobló entonces sus esfuerzos, hasta que el box empezó á arder: al momento dos gansos fueron preparados y asados al calor de esta llama bienhechora: ¿cómo alimentar continuamente la llama? He aquí un nuevo embarazo que ocurrió á su imaginación: careciendo de hacha y de cuchillo para cortar árboles, se hallaba reducido á emplear solo ramas muertas desgajadas por el viento ó maleza que arrancaba con dificultad; pero este combustible comenzó á escasear al empezar las lluvias; y ya reducido á su pequeña provision, no tardó en verla concluida. Fijó entonces sus miradas en aquella escasa llama, y al ver extinguirse la última brasa creyó recibir el último suspiro de un amigo, y sus ojos volvieron á inundarse de lágrimas.

Hele aquí ya privado de poder disfrutar el placer de secarse y calentar al fuego, y de condimentar sus alimentos. Por fortuna se encontraban en la isla muchas grutas, donde poder ponerse al abrigo de la inclemencia, y ya hacia tiempo que le servía de aposento una que había logrado quitar á una serpiente; en ella era donde el sueño, este amable compañero de la muerte y único amigo de los desgraciados, venia á hacerle mas llevadera su penosa vida, y así cuando volvía á su gruta fatigado de abrirse paso entre los bosques impracticables, con la esperanza de poder encontrar algunos huevos, ó bien despues de haber salvado con sus esfuerzos las alturas con el objeto de ver si divisaba algun navio en medio del oceano, el sueño era el único que venia á aliviar su pena.

La dulzura del clima era tal, que hacia supérfluo el uso de los vestidos, y esto era una gran fortuna, pues los que él llevaba á su llegada, habían sido ya despedazados poco á poco en las rocas, de modo que su vestido actual se componia de una especie de coraza hecha de hojas de palma, dirigiendo todo su esuda-

do á conservar los preciosos restos de su única camisa.

En este estado había vivido cerca de un año: y ya se iba estinguendo en su alma la esperanza de salir algun día de esta soledad: todas las mañanas, y principalmente en tiempo de tempestad trepaba á las montañas mas elevadas; desde allí no dejaba de descubrir de en tiempo en tiempo alguna embarcacion, pero era mucha la circunspección con que navegaban en estos peligrosos sitios, razon por la cual su vista solo servia para aumentar sus pesadumbres; por manera que mas de una vez había deseado en su interior que algun navio naufragase en aquella costa. Tal es la naturaleza humana que nos inclina á desear la desgracia de muchos, con tal que de ella nos pueda resultar alguna ventaja. La conciencia de Carlos le echaba en cara este egoismo, mas para aplacar sus voces le bastaba la certeza que tenia de que sus votos no habían de ocasionar ninguna tempestad, y en este caso ¿qué importa, decía, que yo los forme?

Una noche en que segun su costumbre tenia los ojos fijos en el mar, vió al sol ocultarse en un horizonte abrasado: los gritos de los pájaros de mar anunciaban una fuerte tempestad; no tardó esta en manifestarse con una violencia extraordinaria; el ruido de los vientos desencadenados venia á herir los oidos de Carlos que se había ocultado en lo mas profundo de su gruta donde yacía estendido sobre un gran monton de hojas secas; la tierra temblaba bajo sus pies; los pedazos de rocas rodaban por la montaña, los árboles se desgajaban, la atmósfera, en fin, representaba un oceano abrasado que iluminaban los relámpagos, á quien al momento seguia el trueno con un ruido horroroso, de modo que parecia que la naturaleza entera se hallaba en convulsion. Al llegar el día, cuando el Cielo comenzó á despejarse, corrió Carlos para ver desde una altura el terrible é importante espectáculo de la mar agitada por un uracan. Era horroroso ver el furor con que se estrellaban las olas contra las rocas, levantando una espuma que salpicaba hasta donde él se hallaba.

Cerca de un cuarto de hora habria que Carlos contemplaba temblando este horrible cuadro, cuando vino á fijar su atencion un objeto detenido sobre la bajada de una roca. Un rayo de sol que penetró en este momento al través de las nubes, se lo llegó á hacer mas perceptible, aunque no podia distinguir lo que era; su corazon palpitaba con violencia por lo mucho que le importaba examinar este objeto arrojado por las olas; tal vez, decía entre sí, no será mas que un pescado muerto; pero ¿quién sabe si por el contrario haré algun descubrimiento que me pueda ser útil?—El estrecho era por un lado de muy difícil acceso, por ser necesario atravesar una garganta siguiendo despues el borde de un precipicio; haciendo un rodeo se podia llegar mas facilmente; pero el tiempo era precioso, la marea se hallaba muy baja; de un instante á otro podia subir, y volver á arrastrar las olas consigo lo que habían arrojado.

La destreza de Carlos adquirida á fuerza de ejercicio, le hizo salvar la garganta con la ligereza de una cabra y llegado á la orilla, faltó poco para que la sorpresa que le causó la vista de un hombre, no le hiciera caer en el abismo. ¡Un hombre, un semejante suyo tan cerca de él!... Sus fuerzas le abandonaban, y hubo de recostarse un poco para volver de su primera turbacion. «¡Ay de mí!, decía: tal vez será un cadáver, y no me habrá cabido mas que la triste funcion de darle sepultura;» pero aun en esta consideracion no dejaba de entrever alguna ventaja, porque bien podia encontrar en los bolsillos del muerto algunos objetos útiles, y aun precio-

zos; por ejemplo, un cuchillo; y sobre todo los vestidos que le eran de sumo valor en el estado de desnudez en que se hallaba.

Ya mas recobrado de su sorpresa, se adelanta rápidamente hacia el sitio donde le llamaban tantas esperan-

zas, votos y temores; vé en fin claramente el hombre; examina su figura pálida y livida, Carlos le reconoce y sus cabellos se erizan de horror al mirarse tan cerca de Anselmo.

(Se continuará.)

BIOGRAFIA ESPAÑOLA.



EL CONDE DE ARANDA.

El sugeto cuyo nombre vá á la cabeza de este artículo, es uno de aquellos personajes que han sabido conquistarse un lugar brillante en la historia, mas por la energía de su carácter, que le hacia arrostrar todos los inconvenientes que se oponian á su marcha, que por sus talentos y virtudes, aun cuando no le faltaba ni uno ni otras. La milicia, los tribunales civiles y eclesiásticos, la literatura, las universidades le deben reformas de mucha entidad, y por lo comun bastante acertadas.

Por otra parte su genio impetuoso y constante (si quier testarudo) pero franco y sin doblez, le constituian un tipo acabado del carácter aragonés, en la historia moderna, cual lo fue el papa Lura en la antigua, y si bien esta misma franqueza y el decir la verdad sin rebozo, le atrajo la desgracia de su rey y la amargura que acabó los últimos dias de su existencia, con todo, la España ha sabido honrar esta desgracia, y ha juzgado ya entre el consejero adusto pero veridico, y el ministro palaciego que la provocó.

Don PEDRO DE ABARCA Y BOLEA, conde de Aranda, nació en Epila de Aragon hacia el año de 1719. Ya desde su niñez manifestó un carácter no solo impetuoso, sino extravagante, que le hizo temer á los muchachos del pueblo de Aranda de Jarque, donde radicaban sus estados. He oido referir á uno de aquel pueblo, aunque no sé que fé merezca, que siendo todavia niño se empeñó un dia en volar, y habiendo cogido dos paraguas en su casa, se subió al castillo que domina el pueblo

acompañado de una porcion de muchachos que embromó. Luego que llegó allá, se arrojó desde una peña con la mayor intrepidez, y aseguraba el sugeto que habia ido á dar con su cuerpo contra el tejado del convento de capuchinos que está en medio de la vega y á las márgenes del rio Aranda, pero que á pesar de los paraguas se quebró una pierna.

Dedicóse á la carrera de las armas en la que hizo rápidos progresos, y se halló en las guerras de Italia. El año 1762 era ya general de nombradía, y se le confirió el mando del ejército que habia invadido á Portugal por la provincia de Tras-os-montes á tierra de Campos, en reemplazo del marqués de Sarria. Inmediatamente puso sitio á Almeida, que tomó en pocos dias. La fortuna principiaba á sonreírle, y ya se creia dueño de Oporto, cuyo camino veia espedito, cuando una multitud de obstáculos insuperables cortaron sus triunfos. El general Lippe llegó con refuerzos considerables de Inglaterra en socorro de los portugueses. Un destacamento suyo muy considerable de infantes y otro de caballería fueron sorprendidos consecutivamente en Valencia de Alcántara y en Villavelha, y por fin, la proximidad del invierno y la falta de recursos le obligaron á retirarse á España. Al año siguiente se le nombró capitán general del ejército. Con todo, el ejército español le es deudor de mejoras no solo en su organizacion, sino tambien en su táctica y equipo. Durante su embajada habia tenido ocasion de observar la táctica llamada Prusiana que Federico habia introducido en su ejér-

citó, que á la sazón pasaba por el mejor de Europa. Así pues al ponerse al frente del ejército, reformó su equipo y armamento, y además introdujo marchas, evoluciones y maniobras que hasta entonces eran desconocidas en España.

Habiendo sido nombrado embajador en Sajonia cerca de Augusto III, suegro de Carlos III, tuvo ocasion para ampliar sus conocimientos con sus viajes por Europa, y siguió la corte de Sajonia por espacio de siete años, residiendo con ella.

Luego que se hizo la paz, le nombro Carlos III capitán general de Valencia, en donde se hallaba el año 1766 cuando el famoso motin contra Esquilache. El rey conoció entonces que necesitaba echar mano de un hombre de entereza, y llamó al Conde de Aranda nombrándole capitán general de Castilla la Nueva y presidente del Consejo. Sus medidas en esta ocasion fueron tan sabias como enérgicas: transformó á Madrid y sus inmediaciones en un campamento militar de 10.000 hombres; hizo varias prisiones, castigos y destierros, aunque algunos de ellos precipitados é injustos, tal como el del virtuoso y memorable marqués de la Ensenada. Su objeto principal fue en seguida que el rey volviese á Madrid, lo que le costó mucho trabajo, pues varios cortesanos especulaban haciéndole creer que la corte seguía tumultuada. Habiendo sabido que un tal abate Gándara escribía varias de estas cartas que se leían al rey, le echó mano sobre la marcha, y lo envió preso al castillo de Pamplona. Conociendo que el desarraigar los hábitos nacionales rara vez se consigue á la fuerza, sin grandes trastornos, empleó la dulzura, persuadiendo á los de los gremios á que apuntasen los sombreros en obsequio del rey, como lo ejecutaron con la mayor docilidad, y en seguida todos los artesanos, de modo que el día que á instancias del Conde entró este en Madrid, apenas se veía un sombrero gacho (1).

Unida con esta medida va la de la espulsion de los PP. jesuitas, que fue esclusivamente obra de Aranda, aunque coadyuvaron á ella Campomanes, el confesor del rey y el ministro Roda.

Nada hubiera tenido de particular la espulsion de los jesuitas, que ya se habia verificado en otros muchos reinos; pero el modo como se hizo en toda España en una noche y á una misma hora, el 31 de marzo de 1777, le dió cierto aparato de terror, ó, por decirlo así, cierto lujo de tiranía, que ha revestido á la espulsion de España de un carácter particular.

Las diligencias que se practicaron fueron tan secretas y esquivitas, que se asegura que Aranda estendió de su mano las circulares, y entró en la cámara del rey con recado de escribir en los bolsillos, para que firmase la orden sin que se sospechase.

La tal orden es en tal grado dura y sus disposiciones tan arbitrarias por pretextos los mas frívolos, que en el día, acostumbrados á formas mucho mas benígnas, apenas la podemos leer sin estremecernos.

Por lo que hace á los motivos, la historia y la crítica miran ya bajo muy diferente aspecto las ruidosas causales que entonces se alegaron; y la mansedumbre con que se sujetaron los espulsos, especialmente en el Paraguay, disipó las absurdas fabulas que sobre ellos se fraguaron: por otra parte las desgracias á que se vieron reducidos aquellos hombres en gran parte beneméritos los hicieron objeto de lástima para los corazones sensibles.

(1) Véase la relacion de este motin publicada en el Semanario números 24 y 25 del año pasado de 1841.

No tiene duda que las ideas de Aranda en materia de religion no eran las mas piadosas, y por tanto este acto de rigor se miró como una inspiracion de los filósofos franceses. Coincidió además esto con otras varias reformas que llevó á cabo en materias eclesiásticas, tal como el establecimiento de la Rota y la restriccion del derecho de asilo; y por lo que hace á la inquisicion llevó la mira de suprimirla, pero únicamente logró restringir sus facultades, concretándolas á solos los delitos de heregía y apostasia, y variando sus modos de proceder y encausar. Otras muchas ideas felices de gobierno se desplegaron bajo su administracion, que concluyeron de asegurarle una nombradía nada vulgar. Viéronse elevar por todas partes como por encanto academias literarias y científicas, sociedades de amigos del país, escuelas gratuitas, y montes pios. Arreglóse el reemplazo del ejército, recogióse la moneda desgastada, y se acuñó de nuevo, sufriendo el gobierno su quebranto, y finalmente, él fue el que decretó la formacion de las colonias de Sierra Morena.

Así es que gozaba de un gran séquito y nombradía, y aun mas fuera de la corte que en ella. Distinguíase en esta el partido que se llamaba *aragonés*, en el cual figuraban muchos grandes y empleados de alta categoría que él habia colocado á su alrededor, y que tenían al conde de Aranda á la cabeza. Este partido ofrecia un contraste muy raro, pues al paso que se componia de la grandeza, sus ideas eran *filosóficas*, en el sentido que se daba entonces á esta palabra. El rey y su ministro Grimaldi, por el contrario, profesaban ideas enteramente contrarias y exageradamente respetuosas á favor del trono, al paso que deprimian, la grandeza ofreciendo este choque de ideas encontradas un espectáculo enteramente opuesto á lo que por aquella misma época pasaba en la corte de Francia.

Exasperado Aranda con esta resistencia, se dejaba llevar de su carácter violento é impetuoso contra el ministro Grimaldi, y el partido *golilla*, al que aborrecia de muerte. Hubo ocasion en que á presencia de Carlos III insultó á Grimaldi en términos los mas violentos, llamándole inepto, y el mas servil adulator de todos los ministros, y aun se dice que en otra ocasion tampoco anduvo muy comedido con el rey.

Refiérese con este motivo que un día proponia una reforma, la cual repugnaba Carlos III: insistia Aranda en su empeño en tales términos que enfadado el rey, le dijo con viveza:

—Aranda, eres mas testarudo que una mula aragonesa. —Señor, replicó el conde, aun conozco yo otro mas testarudo.

—¿Quién es?

—La sacra magestad del rey D. Carlos III.

No sé que verdad tenga esta anecdotilla, que anduvo por entonces muy en boga; pero lo cierto es que pinta muy al natural su carácter violento y procaz. Por otra parte, las continuas alabanzas que le prodigaban los filósofos franceses, su correspondencia íntima con varios de ellos, y en especial con el de Fernéy, y las ideas no muy religiosas en que abundaba, le hicieron sospechoso al piadoso Carlos III, y que se mirasen con prevencion muchas de sus reformas, que de lo contrario hubieran sido muy bien recibidas. Sus continuados tiros contra la inquisicion le suscitaron muchos mas enemigos, y fueron una poderosa palanca para removerle. Es un fenómeno muy singular que cuando se trató despues en el reinado de Carlos IV de formarle causa por la inquisicion á instigacion de Godoy, el inquisidor general Abad y la Sier-

ra se negó á ello, siendo así que si hubiera querido no hubiera faltado sobre qué recayese.

Conociendo Aranda el descrédito en que iba cayendo, trató de hacer dimision, que se el admitió enviándole de embajador á Paris. Este espediente, que se figuró Grimaldi el mas oportuno para deshacerse de su competidor, fue por el contrario causa en gran parte de su propia caída. En efecto, Aranda no perdió ocasion de desairar y desacreditar á Grimaldi con el gobierno francés, de modo que *Vergennes* se entendia por lo comun directamente con Aranda, despreciando á Grimaldi: fue esto aun mas en aumento despues de la infausta expedicion contra Argél, de modo que Grimaldi se vió precisado á presentar su dimision, que al cabo le fue admitida.

Creyóse entonces que Aranda subiese al ministerio, y mas apoyado hasta cierto punto por el príncipe de Asturias (Cárlos IV) inclinado al partido *aragonés*; pero Cárlos III que aun no habia olvidado los violentos arrebatos del conde, prefirió una hechura de Grimaldi, y fiel intérprete de su política, cual fue Floridablanca (1), para bien de la nacion, con quien tampoco se mostró Aranda muy complaciente, si bien no tenia contra él los resentimientos personales, que le animaban contra Grimaldi.

Entre tanto Aranda seguia en París honrando la corte española con su porte, y con un tren lujoso y brillante. A esta época de su vida se refiere una anecdota muy vulgar, que varias veces hemos oido en Aragon, y que no queremos omitir siquiera por su vulgaridad. Cuéntase que de resultados de una disputa sobre los toros, se empeñó en celebrar una corrida de ellos en Paris, lo cual verificó espendiendo cuantiosas sumas para llevar toros andaluces, pero llegaron tan estropeados, que fueron la irrisión de los franceses. Entonces Aranda hizo llevar toros de Tudela y de Ejea de los Caballeros, con un comboy de yerba de sus sotos, para que no les afectase el cambio de alimentos. En esta segunda fue mas afortunado, pues habiéndose presentado un diestro francés que dicen se llamaba Mr. Laplais á ejecutar las habilidades que en la corrida anterior, quedó entre las astas del toro. Viendo que ningun francés salia á la plaza, Aranda se tomó la revancha, y despues de insultar á los franceses á su sabor les dijo «Ahora vereis como los matan mis lacayos;» y en efecto salieron estos y los estoquearon en regla; porque eran nada menos que una cuadrilla de lidiadores que habia traído disfrazados con su librea.

El año 1783 fue encargado de las negociaciones de la paz entre Francia y España, que discutió con *Fitzherbert*. Exigió ante todas cosas la restitution de Gibraltar, dando en cambio cualquier otra de nuestras colonias, bien Orán ó Mazalquivir: repugnaba esta entrega el comisionado inglés, y Aranda cedió por desgracia en este punto, creyendo que la España tendria siempre en su mano la adquisicion de aquella fortaleza, contra la cual acababa de hacer tan desesperada tentativa. En cambio la España adquirió algunas posesiones, pero no las que principalmente le convenia.

La rigidez de su caracter y la ojeriza con que principiaba á mirar á Floridablanca suscitándole los mismos embarazos que á Grimaldi á pique de causar una escision entre ambas cortes, hizo que se le llamase á Madrid el año 1784, dándole el título de consejero de estado, que venia á ser el panteon de aquella época.

Así vivió retirado en la corte, y casi en desgracia de Cárlos III hasta la muerte de este.

Al advenimiento de su hijo al trono, volvió Aranda á presentarse favorecido de la corte, y en especial de la reina Maria Luisa, que hacia de él mucho aprecio. Floridablanca principiá á declinar visiblemente, y por fin cayó en 1792, y fue reemplazado por Aranda. El papel que en esta ocasion hubo de hacer este fue harto embarazoso y ridiculo. La conocida insuficiencia de Godoy no permitió que se le fiasen al pronto las riendas del gobierno, y por tanto fue preciso poner al frente un hombre de prestigio y experiencia como Aranda para que Godoy fuese aprendiendo bajo su escuela. En vano conociendo su equívoca posicion, apeló á su energía y pundonor, que no le abandonó á pesar de su ambicion.

El crédito de Godoy crecia visiblemente: en poco tiempo fue elevado á grande de España con el título de Duque de la Alcudia, Caballero del toison, mayor de guardias de Corps, y la nacion presenció con asombro su elevacion á ministro de Estado en reemplazo de Aranda *que quedó de decano del consejo de estado*. Por otra parte sus ideas respecto de la Francia eran diferentes de las de la corte, y veia con impaciencia la guerra en que se comprometia á la Nacion.

La *Revista de Madrid* en los números 1.º y 2.º del tomo III acaba de dar una noticia tan estensa como curiosa de la célebre sesion de 14 de marzo de 1791 en Aranjuez, en apoyo de la opinion general de haber sido destruido Aranda por haber manifestado su dictámen contra la guerra de Francia, opinion que siempre ha prevalecido á pesar de las negativas del príncipe de la Paz en sus Memorias. Allí aparece el discurso razonado del Conde que se inclinaba á la neutralidad armada, discurso que acredita el concepto justamente formado de la profundidad de sus cálculos políticos.

Al concluir la lectura de aquel discurso, Godoy se levantó, y pidió se castigase al autor de él, á quien echó en cara la mala opinion que de él se tenia, de sus ideas filosóficas, y de ser partidario de la revolucion francesa.

El conde le echó tambien en cara el poco miramiento que tenia á sus grandes y antiguos servicios, y le enseñó los puños en ademán amenazador. El rey no se mostró muy propicio, y muchos de los consejeros se mostraron poco favorables á su dictámen.

A la una y media de la tarde, una hora despues de acabado el consejo, se presentaron en su casa el gobernador del sitio de Aranjuez y el secretario del consejo: este le enseñó una orden de Godoy para apoderarse de los papeles que tuviese relativos al consejo y ministerio de Estado, y aquel otra orden para hacerle salir sobre la marcha para Jaen en un coche de colleras que le esperaba á la puerta, y en el cual entraron el gobernador y él, sin que se le permitiese tomar algun alimento, y le acompañó hasta Villatobas. Esta conducta era tiránica y brutal; pero era casualmente la misma que el conde habia usado con los jesuitas; y los hombres piadosos y reflexivos no vieron en ello sino una disposicion de la providencia, que hiere por los mismos filos á los que abusan de la espada del poder con los que se llaman por mal nombre golpes de Estado.

Con todo, su caída (como sucede siempre) le ennoblecíó á los ojos de la nacion, y las desgracias que sobrevinieron á la nacion, y que con tanto acierto habia calculado, concluyeron de acreditarle mas y mas. Así fue que á pesar de las órdenes del espionaje que

(1) Véase su biografía y juicio crítico en el Semanario número 17 de este año.

recibieron contra él las autoridades de Jaén, debió á estas no pocas consideraciones y conhibencia.

El haberle interceptado unas apuntaciones del tiempo de su ministerio dió margen á nuevas persecuciones y registro de papeles, hasta que cansado de tantos atropellos, pidió al rey con fecha 20 de junio que se le formase causa, implorando al mismo tiempo la proteccion de la reina. El rey accedió á que se le formase causa; y se le envió arrestado á la fortaleza de la Alhambra, á la cual llegó á fines de agosto, y fue puesto con guardia y sin comunicacion. El 15 de setiembre por la noche tuvo un insulto apoplético, por lo cual se le concedió permiso para tomar los baños de Alhama, y pasar luego á Sanlúcar de Barrameda.

Entre tanto una série de sucesos infructuosos para España vino á realizar los pronósticos de Aranda, y la nacion pagó el desacierto del ministro flamante comprando la paz con un tratado de esclavitud, y un título enfático para su autor. El conde no fue absuelto, porque esta absolucion (pronunciada ya por la historia, sino por los tribunales) envolvía la condenacion del rey y de su favorito; y los jueces no tenían valor para tanto; peso se le permitió regresar á sus estados, y fijó su residencia en Epila, en donde se empleó hasta el fin de sus dias en obras de beneficencia, y en especial en la creacion de una escuela de primeras letras en dicha villa.

Su muerte ocurrida aquel mismo año de 1795 puso fin á otras muchas obras filantrópicas que tenia ideadas en beneficio del pueblo.

Dicese que dejó medio millon para pago de sus criados, lo cual no se hace increíble atendidas sus muchas riquezas.

El conde Aranda fue el Talleyrand de su época en cuanto á este punto de anédoctas raras y picantes, á lo cual contribuía para darles mayor gracia su porte exterior bastante estrafalario y su fisonomia algo rara, juntamente con el modo original y franco que tenía de espresar sus conceptos, aunque algunas veces con bastante oscuridad.

Dicese que el marqués de Caracciolo que le trató bastante en París durante su embajada, y siéndolo aquel de la de Nápoles, admirado de sus profundas ideas, y de este modo de espresarlas lo solía comparar á un *vozo profundo que tiene la boca estrecha.*

V DE LA F.

EPIGRAMAS.

Despues de hacer de un paciente
Un examen muy prolijo
Desde los pies á la frente,
Así el médico le dijo
Con muy grave continente:
—«De esta le aseguré yo
Que saldrá con brevedad.»—
Y el médico no mintió,
Que al otro día salió
Derecho á la eternidad.

Que metódico es Don Diego,
Ninguno apunta mejor;
—En comedias?—No señor.
—Pues dónde apunta?—En el juego.

«Gentil hombre he sido yo»
Un jorobado exclamó;
Y otro dijo: «No lo sé;
Lo que es hombre sería usted,
Pero gentil, eso no.»

En cierta audiencia en que había
Un tuerto de presidente,
Un abogado decía
Que el derecho espresamente
Su opinion establecía.
Y un alguacil, satisfecho,
Dijo al oírlo: «Es un hecho,
La razon es suya toda;
Mas nada sirve el derecho
Si al tuerto no le acomoda.»

Viendo un cojo, dijo Inés:
«Una, dos, tres, cojo es;»
Y él respondió con presteza:
«Yo cojeo de los pies,
pero usted de la cabeza.»

Toca con gran perfeccion
El violinista Martin;
Pero segun mi opinion,
Mucho mejor que el violin
sabe tocar el violon.

Tres amantes tiene Blasa,
Y cosa admirable es
Que así soltera se pasa.
Mas á mi ver no se casa
Por lo mismo que son tres.

El día que á Don Gaspar
Lo declararon cesante,
Le dijo Doña Pilar:
Pues señor, desde este instante
Cesó usted de trabajar.
Mas él tal consuelo al ver,
Pensando en el porvenir
Esclamó: «A mi parecer
Cesante quiere decir
Que he cesado de comer.»

J. RICO Y AMAT.

ADVERTENCIA.

Continua abierta la nueva suscripcion á los seis tomos anteriores del Semanario á 30 reales cada uno en Madrid, y 36 en las provincias franco de porte, recibiendo uno al mes. Se ha repartido el tomo de 1841, y en fin de este mes se repartirá el de 1840. Librerías de Jordan, Cuesta, Paz y Europea.